

DAVID GRAEBER

Trabajos de mierda, una teoría

Barcelona: Ariel, 2018, 432 páginas.

En 1985, Bob Black, una de las figuras más visibles de lo que después sería bautizado como anarquismo post-izquierda o post-anarquismo, publicó uno de los libros que más dio que hablar en los círculos libertarios angloparlantes. Era *La abolición del trabajo*, un breve manifiesto que proponía una idea sugerente, pero sumamente impopular aun en los círculos de izquierda: que el trabajo, asalariado o no, y aun cuando no estuviera amparado por el sistema capitalista, era el origen de los males que aquejan a las sociedades postindustriales. *Trabajos de mierda. Una teoría* (2018), último libro del siempre controvertido antropólogo anarquista David Graeber, continúa esta tradición crítica que podríamos remontar al menos hasta Paul Lafargue. Pero da un paso al costado para ahondar en un hecho insólito: el capitalismo financiero, incapaz de apegarse a su lógica interna, ha dado lugar a formas de trabajo asalariado mutantes, empleos que desafían los imaginarios clásicos del proletariado explotado que heredamos de las imágenes de la producción fabril decimonónica y de principios del siglo XX.

Tal vez no haya mejor manera de introducir este texto que detenerse sobre la portada que la editorial Ariel seleccionó para su primera traducción al español. Sobre un fondo celeste, descansa un artefacto que linda entre la recreación histórica amateur y la más alta muestra de inventiva ingenieril. Se trata de una ballesta integralmente construida a partir de implementos de oficina. El mástil y el arco han sido inteligentemente sustituidos por lápices n.º 2; un gancho de papel custodia la banda extensora que, con un simple movimiento, liberará en el momento preciso un proyectil no letal: el cartucho de un bolígrafo desvalijado. Lo que a simple vista parece el testimonio de la momentánea lucidez lúdica de algún oficinista agobiado por el aburrimiento también puede ser leído como un vestigio de la cultura material producida por una forma inédita de proletariado, una que parece disponer de demasiado tiempo “libre” en su horario de oficina, el suficiente para diseñar, concretar y viralizar vía Internet el mecanismo

artesanal de un arma de largo alcance. Para Graeber, esto no sería más que otra prueba de que el capitalismo de libre mercado, en contra de todo pronóstico, está multiplicando los trabajos de mierda.

Muy seguramente esta categoría analítica resulte poco reveladora para el público hispanohablante; después de todo, parece existir un consenso general sobre la existencia de trabajos particularmente desagradables, que se distinguen por la precariedad de sus condiciones y por su pésima paga. Pero aquí somos víctimas del lenguaje. En alguna parte entre las concesiones y los extravíos inherentes a la traducción, hemos perdido la profundidad de los matices. Graeber utiliza el apelativo trabajos de mierda para delimitar un sector en ascenso del trabajo asalariado que se sitúa en el polo diametralmente opuesto al que el sentido común nos dicta. En realidad, se refiere a un número creciente de puestos, en general bien remunerados, generalmente asociados al estrato medio de la cadena trófica empresarial, y que además gozan de un indiscutible prestigio social. El elemento mierdificador de estas aparentemente atractivas vacantes es que los trabajadores son forzados a realizar labores que, a su juicio, son carentes de todo valor, insignificantes, o inclusive perniciosas.

Pese a que el trabajo hace parte de la centralidad en las preocupaciones de la teoría social contemporánea, parece que, hasta ahora, nadie había atendido sistemáticamente la aparición de puestos de trabajo en los que el personal recibe abultados salarios por redactar informes que nadie leerá, organizar seminarios de mindfulness a los que nadie asistirá, o simplemente fingir contra su voluntad estar ocupados, mientras en realidad se dedican a descargar series de Internet, actualizar sus perfiles de Facebook o fabricar ballestas. Graeber no solamente pone de manifiesto la existencia de estas ocupaciones situadas en el punto ciego de las indagaciones académicas sobre el trabajo, sino que demuestra cómo son un lugar de estudio privilegiado para comprender las transformaciones económicas, políticas y culturales a las que se enfrenta, según los datos de estudios estadísticos independientes, algo menos de la mitad de la fuerza laboral mundial.

A su parecer, este es el resultado de una tendencia general: la mierdificación de la economía, que puede ser definida como la intrusión de dinámicas laborales en las que el tiempo, antes destinado a tareas útiles, ha sido paulatinamente desplazado por protocolos gerenciales que exigen tácitamente a los empleados no hacer nada. Así, la tesis principal de

este investigador es que las repercusiones de tales metamorfosis están lejos de ser insignificantes y que, de hecho, han sido posibles gracias a novedosas formas de violencia, estrategias de control social y aumento de las ya desproporcionadas arcas del 1 %. Su propuesta es alejarse de los marcos interpretativos de la economía y considerar la posibilidad de que el fenómeno de los trabajos de mierda no responda a ningún imperativo productivista, como la eficiencia y la utilidad, pero tampoco puede ser reducido a una simple anomalía dentro de la axiomática del capitalismo financiero. En cambio, sugiere contemplar seriamente la posibilidad de que sea el resultado de un “proyecto político disfrazado de proyecto económico” (pág. 22), cuyo objetivo principal es crear un escenario de incertidumbre para la clase trabajadora, en la que las condiciones compartidas y los referentes comunes estén lo suficientemente diluidos como para inhibir cualquier desafío organizado contra los ricos y poderosos.

Graeber disecciona el fenómeno de los trabajos de mierda en tres niveles. El primero de ellos coloca bajo la lupa la dimensión subjetiva. Para ello se valió de más de 250 testimonios, en su mayoría de trabajadores empleados en el Reino Unido y Estados Unidos, recabados por correo electrónico durante 2016. Por norma general, se trataba de personas que consideraban tener trabajos de mierda que, para efectos de este ejercicio, fueron definidos como ocupaciones cuya existencia era imposible de justificar, inclusive por quienes las ejercían.

Esta parte de su análisis categoriza las diferentes formas que adquieren los trabajos de mierda y examina sus efectos sobre el fuero interno de los trabajadores. Su argumento es que la creación de trabajos de mierda va de la mano con la formulación de formas intensas de violencia psicológica, cuyo mecanismo fundamental es privar de manera continuada a los trabajadores de realizar aportes que ellos mismos consideren significativos para su ecosistema social. Este primer nivel también se distingue por estar en intenso diálogo con la psicología clínica, por lo que también hay una descripción detallada de las relaciones sadomasoquistas comunes en los entornos de trabajo; el resentimiento como anestesia de la solidaridad entre subalternos; el estrés al que son sometidos los empleados que carecen de un guión social que les permita articular sus acciones y dotar de sentido su experiencia laboral; y los efectos desmoralizantes de hacer parte de un juego de poderes que tiene como único objetivo afirmar la propiedad temporal que ejercen los empleadores sobre sus subordinados.

El segundo nivel indaga el sustrato cultural y la estructura económica que propicia la proliferación de los trabajos de mierda. Aquí Graeber demuestra cómo teorías sobre la naturaleza humana –en este caso, la del *Homo economicus*– resultan insuficientes para explicar las altas tasas de descontento de quienes se esfuerzan muy poco (o nada) en sus trabajos, a cambio de jugosas compensaciones económicas. También recurre a dos breves reconstrucciones históricas que explican la compleja conjugación de transformaciones tecnológicas y morales que hicieron socialmente viable la idea misma de comprar el tiempo de alguien más. Finalmente explica cómo el capitalismo financiero ha propiciado formas de enriquecimiento que no están ligadas al trabajo manufacturero, y la manera en que los trabajos de mierda subsisten gracias a que en los entornos corporativos públicos y privados se han consolidado estructuras de contratación que tienen más que ver con el modelo feudal que con los preceptos del capitalismo tardío.

Finalmente, en el tercer nivel Graeber cuestiona por qué la mierdificación de la economía no figura como un problema apremiante en la agenda política contemporánea, y por qué el conjunto de la sociedad parece haber aceptado este panorama como el estado natural de las cosas; entonces, hurga a fondo en la extensa tradición teológica que aún hoy hace posible que consideremos el trabajo un valor en sí mismo. Esta tradición también nos invita a valorar las cualidades morales de nuestros iguales en función de lo mortificante que sea su trabajo y lo mucho que toman distancia de la autoindulgencia y el ocio, para explicar que el trabajo, sin importar su valor social o el rédito afectivo posible, opera culturalmente y casi en igual medida en los discursos de la derecha conservadora, el marxismo y la izquierda liberal, como un valor sacrosanto, incuestionable e inherente a la esencia misma de lo humano.

En resumen, David Graeber abre un nuevo espacio investigativo que atizona un provocativo giro argumental completamente necesario para la antropología del trabajo, pues actualiza y complejiza las preguntas y el valor político de las indagaciones de este género. Este libro rebosa premura y actualidad, no solamente porque vuelve a poner el acento sobre los testimonios de quienes hacen posible, con sus propios cuerpos, tiempo y esfuerzos, un sistema tan abstracto como el capitalismo financiero, sino porque reta las convicciones y presupuestos que han condenado al mundo académico a reproducir posiciones teóricas que, por su ortodoxia

conceptual, desidia política, o una devoción secreta por el trabajo, han pasado por alto problemas indiscutiblemente urgentes. Para finalizar, solo resta decir que, como suele ocurrir con los libros auténticamente provocadores, este libro abre una robusta lista de pendientes, de la que me permitiré subrayar la muy apremiante necesidad de una mirada desde otras geografías y mercados laborales, que faciliten el diálogo con contextos más allá de las fronteras que trazan los problemas del Primer Mundo. Mientras tanto, podemos adelantar esta colosal empresa y averiguar qué armamento histórico se recrea con suministros de oficina en los despachos, maquilas y cadenas de ensamblaje del sur global.

DAVID ANDRÉS BELTRÁN CARABALLO

Universidad Nacional de Colombia